

2022-01-20

¿Quién es la gente? Categorías de identidad en la lingüística y la etnología

Álvaro Hernández Bello
Universidad de La Salle, Bogotá, alhernandez@unisalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>



Part of the [Arts and Humanities Commons](#), [Education Commons](#), and the [Public Affairs, Public Policy and Public Administration Commons](#)

Citación recomendada

Hernández Bello, Á. (2022). ¿Quién es la gente? Categorías de identidad en la lingüística y la etnología. *Revista de la Universidad de La Salle*, (87), 215-225.

This Artículo de revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in *Revista de la Universidad de La Salle* by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

¿Quién es la gente?

Categorías de identidad en la lingüística y la etnología*

Álvaro Hernández Bello¹

■ Resumen

Con ocasión de la celebración del Día del Idioma, el Programa de Lengua Castellana, Inglés y Francés me concedió el honor de cerrar la Semana de las Lenguas, invitándome a hacer una reflexión sobre las lenguas de los pueblos originarios de nuestro país. En esta conferencia abordo en específico las categorías de identidad de la lengua sikuni de la familia guahibo, con el fin de hacer una reflexión sobre el humanismo implícito en cada visión del mundo, que las distintas lenguas estructuran en nuestra experiencia humana. También, busco ilustrar tanto la gran riqueza de la diversidad lingüística colombiana como la inmensa deuda que las instituciones académicas tenemos con ella.

Palabras clave: sikuni; guahibo; pueblos indígenas; lingüística; etnología.

* Conferencia de cierre de la Semana de las Lenguas de la Universidad de La Salle (23 de abril de 2021). Este trabajo se enmarca en la investigación "Organización de la educación comunitaria rural e intercultural de las comunidades ancestrales en Colombia".

¹ Magíster en Estudios Culturales y candidato a doctor en Antropología. Profesor de la Universidad de La Salle. alhermandez@unisalle.edu.co

Introducción

Quiero agradecer a los organizadores de este evento por el honor que me hacen al invitarme a pronunciar estas palabras de cierre de estas jornadas de reflexión a propósito del aprendizaje, la enseñanza y la investigación sobre las lenguas. Además, hoy es el Día del Idioma, en conmemoración de la muerte de Miguel de Cervantes, quizás el exponente insuperable de nuestra lengua... escrita.

Hoy vengo a hablarles de lenguas no escritas, pero sí habladas en la actualidad. En concreto, de la lengua sikvani, de la familia lingüística guahibo, la cual es hablada por cerca de 20.000 personas en nuestro país, una cifra para nada despreciable. Bueno, realmente no vengo a hablar estrictamente del sikvani, sino de las palabras que utilizan para referirse a entidades animadas, es decir, lo que en español llamamos *personas*, *animales* y *espíritus*, y que, en dicha lengua, ya veremos, sucede de manera muy diferente a la nuestra. De estas *categorías de identidad* pueden sugerir nuevas maneras de entender la experiencia humana en el mundo desde el punto de vista de una sociedad contemporánea a la nuestra. También, nos ayudará a ampliar nuestra comprensión sobre las relaciones interespecíficas entre muchos entes, humanos y no humanos, a partir de las posibilidades que ofrecen los estudios de lenguas indígenas.

Mi acercamiento al sikvani ha sido muy tangencial y superficial. Luego de 10 años de trabajo en el Vichada, y de colaborar con la creación de materiales didácticos para su (siempre desde el punto de vista pedagógico/didáctico), este año he decidido empezar el estudio sistemático de dicha lengua. Ha sido toda una aventura intelectual, quizás llena de más naufragios que de puertos; sin embargo, durante mi próximo trabajo de campo —que durará un año entero entre las familias sikvani hablantes— espero tener ocasión de lograr cierto desenvolvimiento en el habla y en la comprensión.

A pesar de lo apasionante que ha resultado para mí el hecho de iniciarme en el campo de la lingüística, mis intereses son otras, aunque complementarias: me interesa conocer la historia y la forma de pensar y actuar de estas sociedades

orinoquenses, herederas del gran paraíso de los cazadores-recolectores que fue el Vichada (como me ha dicho Augusto Gómez), trabajo que no puedo hacer sin aprender algunas de sus lenguas.

Quizás mi intervención de esta noche no sea sobre el español ni sobre la enseñanza y aprendizaje de este, e incluso, puede que les parezca a todos demasiado especializada. Sirva de excusa y de advertencia, pero me he decidido a contarles algo de esto con el ánimo de ofrecer un contraste que solo quiere volver a poner en la mesa de discusión las lenguas originarias de nuestro continente.

Me siento en profunda deuda con Pablo Estrada, mi amigo y compañero de camino, quien me ha enseñado desde la vida algo del pensamiento y el lenguaje de la gente sikuni, así como a mi maestro Roberto Pineda Camacho, quien me ha advertido la importancia de conocer la lengua y me ha motivado a realizarlo, honrando el gran legado que nos ha dejado a todos los colombianos un colega y maestro suyo, Jon Landaburu.

¿Quién es la gente?

Los grupos humanos usamos etnónimos para designarnos a nosotros mismos y a los otros. Cuando imponemos o se nos impone desde afuera se les conoce como *exónimos*, mientras que cuando nos autodenominamos se les dice *autónimos*. Todos los seres humanos usamos estas categorías de identidad para identificarnos y, en consecuencia, tener claridad sobre qué entes no pertenecen a nuestro grupo. Por ejemplo, qué o quiénes designamos nosotros por *gente* y qué o quiénes no.

Parece que todos nosotros consideramos a los miembros de nuestra especie *homo sapiens* como *gente*, pero, como veremos, no es del todo cierto. Pongamos dos ejemplos: por un lado, algunas de las discusiones sobre el aborto versan sobre en qué momento un organismo puede ser considerado humano, es decir, en qué momento un organismo es *gente*. Por otro lado, la eutanasia en casos de muerte cerebral nos plantea el dilema de si, cuando una persona queda en estado vegetativo, sigue siendo *gente*.

Los anteriores ejemplos están a la orden del día en el debate público. Sin embargo, los grupos sociales a los que pertenecemos hacen cotidianamente estas distinciones, especialmente en casos en los que existe una desproporción en el poder y la fuerza. La antropóloga colombiana María Victoria Uribe ha demostrado cómo, con ocasión del conflicto armado, lo que permite a una persona matar a otra (con la crueldad y sevicia que hemos visto en nuestro país) es despojar del carácter humano a la víctima, es decir, deshumanizarla.

En la historia de nuestro continente, la distinción entre humano o inhumano fue política de la conquista y la colonización por parte de la corona española: hasta no hace muchos años, oficialmente se consideró a los pueblos originarios bien sea como no humanos o como “no suficientemente” humanos. Numerosos relatos provenientes de los cronistas de la Conquista nos hablan de esta dudosa distinción; por una parte, los regímenes de representación hallaban en los pueblos originarios una continuidad natural de la especie, versus una discontinuidad cultural: sí, según la visión europea dominante, las sociedades originarias compartían los mismos caracteres naturales de las sociedades invasoras, pero no sus mismos caracteres culturales, lo que los hacía no solo diversos, sino diferentes y además desiguales. Los consideraban animales, aún en proceso de humanización.

También, conservamos relatos sobre la percepción de los pueblos originarios sobre las sociedades invasoras; por ejemplo, en algunos de ellos podemos observar una lógica similar: no consideraban a los invasores como gente, pero por razones contrarias, pues, si bien reconocían que no eran animales, tampoco consideraban que fueran gente, claramente no era así. Estas continuidades y discontinuidades inversas entre naturaleza y cultura son tratadas ampliamente por el antropólogo brasileño Eduardo Viveiros de Castro.

En mi trabajo de campo, desde el punto de vista de la sociedad piapoco, he podido comprender lo que buena parte de la etnología americana concibe como la concepción del *mundo indígena*: “que antes todos éramos gente y poco a poco unos se fueron volviendo animales”. Es esta la definición que Claude Lévi-Strauss hace del mito: aquel relato del comienzo del mundo en el que todos eran gente.

cada cultura se afirma como la única verdadera y digna de ser vivida; ignora a las demás, incluso las niega en tanto que culturas. La mayoría de los pueblos que llamamos primitivos se designan a sí mismos con un nombre que significa “los verdaderos”, “los buenos”, “los excelentes”, o bien sencillamente “los hombres”; y a los otros se les asignan calificativos que les niegan su condición humana, como “monos de tierra” o “huevos de piojo”. (2015, p. 21)

Categorías de identidad en la lingüística sikuani

Este aparte de mi conferencia está basado en un texto del lingüista catalán Frances Queixalós (1989), quizá el mejor conocedor de la lengua sikuani. Por cierto, uno de sus informantes y guías fue el gran Eladio Estrada, no solo padre de Pablo, mi profesor y amigo, sino también un gran maestro para mí. En una ponencia de 1989 presentada en el V Congreso Nacional de Antropología, titulada “Entre duendes, blancos y perros. Aproximación lingüística a la identidad Sikuani”, Queixalós expone desde el punto de vista lingüístico “la percepción de sí” de la sociedad sikuani, incluyendo la forma y las categorías de percepción de otras entidades y las relaciones entre estas.

Este texto llegó a mi tardíamente, pero su contenido no. Recuerdo mucho en una de las Jornadas de Intercambio de Saberes que hicimos con la Fundación Profesionales Amigos en el 2016, que Pablo y Eladio Estrada me decían que nosotros éramos como los perros para ellos. Además de la gracia que nos produjo, pues en nuestra sociedad eso sería algo así como un insulto (de hecho, se usa a menudo con significaciones diferentes según el género que se use), nos causó una inmensa curiosidad. Nos explicaron que los perros, *awirri* en sikuani, cumplían una función muy importante para ellos, y que los habían de todas las clases; en mayor consideración tenían a los perros cachicameros y laperos, aquellos que contribuían con ellos a las labores de caza tanto en la inmensa sabana como en la espesura del bosque. Así, los perros, animales domésticos cercanos a la gente sikuani, eran sus aliados en la economía de la caza, eran cómplices de su sustento y, en últimas, eran seres útiles. Por supuesto, ninguno de los que hemos ido allá hemos ido de caza o de pesca... aún. Solo hemos participado en la dulce y cómoda labor

del consumo. En todo caso, pronto entendimos que ser un *awirri* en verdad era un halago: ¡éramos útiles!

Este año, una revelación apareció ante mí cuando descubrí el texto de Queixalós: resulta que perro, *awirri*, pertenece a una categoría sikuani de identidad que lo identifican con la gente, es decir, son gente, pero no humanos (cuestión que explicaré más adelante), pero no cualquier gente, se encuentra en oposición a los *wowai*, o los blancos, considerados peligrosos e incluso caníbales (sí, la adjudicación del canibalismo también se da en vía contraria). A partir del trabajo de Quixalós, voy a esbozar muy brevemente una explicación de quién es la gente en el pueblo sikuani.

Voy a profundizar en cuatro categorías: sikuani, *jiwi*, *awirri* y *wowai*. *Jiwi* quiere decir 'gente, persona'; dentro de los *jiwi*, están los sikuani, que en términos generales puede entenderse como 'indígena de los llanos', aunque en varios usos puede referirse de manera general a 'indígena'. Si le preguntamos a un sikuani quién es él o ella, no nos dirán que son *sikuanis*, sino *jiwi*, ellos son gente. Por ejemplo, cuando uno aprende la lengua, no aprende sikuani sino *jiwixumé*², que puede traducirse literalmente como 'el ruido que hace la gente'. Sikuani es aquel *jiwi* que comparte una serie de rasgos y conductas propios del prototipo de lo indígena.

También, hay otros comportamientos, más cercanos a los urbanos (del mundo de los blancos) que se denominan *pemania*, vocablo que no puede confundirse con *wowai*. Existe una oposición ortogonal entre *jiwi* y *wowai* que veremos más adelante. Por ahora, se puede decir que la palabra *sikuani* se utiliza como categoría de diferenciación cultural, mientras que *jiwi* tiene que ver con una diferenciación biológica. ¿De qué se diferencia *jiwi*? En español podríamos decir que *de animal*, pero en sikuani nos enfrentamos a un problema, y es que no existe una palabra para la categoría animal, en particular como nosotros, en oposición biológica y cultural con la gente. Puesto que la categoría animal

2 En la versión dialectal que yo aprendo no es correcto emplear la *x*, en la escritura se emplea una *j* con diéresis que es muy difícil de reproducir aquí.

no existe en sikuni, nos queda considerarla como un término no marcado, o mejor, considerar *jivi* como el resultado de una diferenciación particular dentro de una categoría más grande. Este es el caso de la palabra *piasäüwi*, que significa 'los que tienen vitalidad, fuerza o energía'. Propongo el siguiente esquema para explicarlo:

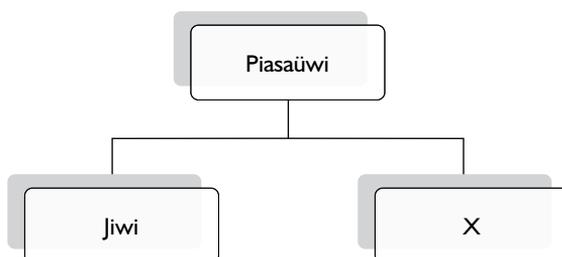


Figura 1. Término no marcado de la lengua sikuni que puede entenderse como animal

Fuente: elaboración propia

Los relatos de los orígenes no establecen en principio una diferenciación entre *jivi* y *piasäüwi*. Dicen, que antes todos éramos gente y otros fueron perdiendo esa propiedad: por ejemplo, los animales (recuerden que no hay una categoría para animal, luego, se nombran animales concretos). ¿Dónde está el perro? *Awirri* es un término intermedio entre *jivi* y animales. Por su hermandad en el proceso económico, el perro fue gente, incluso hablaba (pues acompañaba al humano al monte y veía lo que hacía y lo contaba; pero, por ser chismoso, le alargaron la lengua y ya no puede hablar), pero dejó de serlo. La cuestión aquí es que tampoco se convirtió enteramente en animal, se quedó a medio camino, pues en solidaridad con los *jivi*, el *awirri* mantiene no pocos rasgos y comportamientos humanos.

Hemos tocado solo la superficie. Faltan los términos *ainawi*, que se usa para hablar de ciertos espíritus protectores, pero también enemigos del *jivi*. Por ejemplo, sería útil explicar por qué *wowai* está a medio camino entre *jivi* y *ainawi*. Haría falta tener una comprensión general de las relaciones ontológicas

(o de las ontologías relacionales como más recientemente se dice) para que estas reflexiones encontrarán un lugar de comprensión más adecuado. Sin embargo, sirva de referencia el diagrama siguiente, en el que podemos ver las categorías de identidad examinadas en relación con las otras descritas por Queixalós:

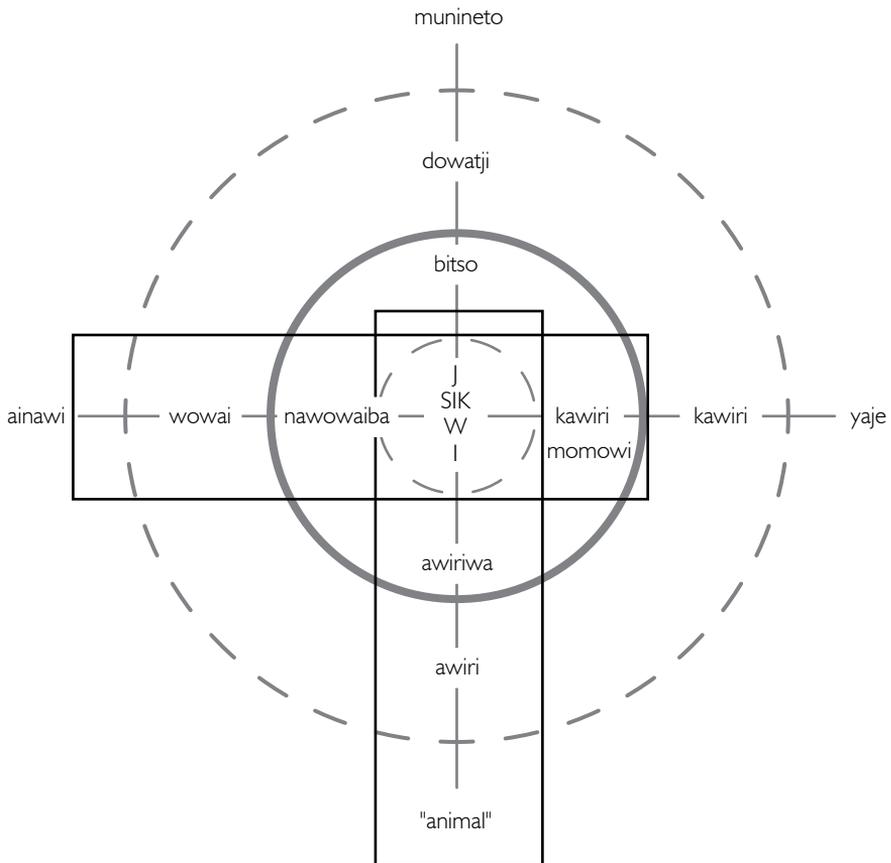


Figura 2. Cuadro sinóptico de las nociones de identidad del pueblo sikuani.

Fuente: Queixalós (1989, p. 78)

¿qué significa hablar?

La lingüista Riena Kondo, del Instituto Lingüístico de Verano, produjo uno de los principales textos pedagógicos para el aprendizaje del sikuani: *El guahibo hablado* (1985). El título es más que sugerente, pues ella, conocedora no solo de la lengua, sino del habla guahibo, propone un acercamiento a la lengua desde el punto de vista de una “gramática pedagógica”, enfocada más en el discurso y menos en los aspectos puramente estructurales (salta a la vista la referencia a Bourdieu, pues tomo mi título prestado de él, a propósito de la economía de los intercambios lingüísticos (Bourdieu, 1985). Traigo todo esto aquí para ilustrar que, si bien muchas lenguas originarias han desaparecido, de lo que se trata es del habla indígena, no solo de la lengua. En esta distinción entre lengua y habla quiero detenerme para entender qué es lo que quisiera entender hoy al conmemorar el *Día del Idioma*.

Primero, imagino el Día del Idioma como el día del habla y, por lo tanto, de los hablantes. Sin personas puede haber una lengua, lo hemos visto en los ejemplos de la industria cultural como en el Señor de los Anillos, que ha creado una lengua que no se habla. En tanto sistema, puede haber una lengua sin personas; pero no habrá un habla, y *hablar* significa que haya personas que piensen y sientan en esa lengua. Por ello, acercarse al aprendizaje de una lengua —esto todos lo saben— significa acercarse a una manera de pensar, conocer, organizar y percibir el mundo. Si seguimos exterminando a los pueblos, podremos rescatar lenguas, pero jamás hablas, y esto es un tema muy importante para quienes nos dedicamos a la enseñanza y el aprendizaje. Hablar significa entonces poder pensar y poder sentir de alguna manera.

Por ejemplo, veamos la descripción que hace Riena Kondo del guahibo, como una lengua flexiva, aglutinante, en la que se conjugan no solo los verbos, sino también los adjetivos y los sustantivos. Además, tiene varios prefijos y sufijos que hacen que algunas palabras sean muy largas. He aquí un ejemplo de la autora: *Itsiáta báitsi jáne patacajumaitsijumébeje apopanejumecowënëtsimébeje*: ‘pero ustedes no creen lo que les decimos’ (Kondo, 1985a, p. 2). Otras curiosidades que podemos señalar, además de las palabras extremadamente largas,

es que solo existen dos tiempos verbales: *presente-pasado* y *futuro*, no existe un tiempo verbal exclusivo para nombrar el pasado. Y, ¡amarillo es un verbo!

Segundo, existe un concepto que se llama *continuo dialectal*, el cual da cuenta de los contactos entre las lenguas. En la Orinoquía existe un continuo dialectal cercano entre el sikuaní y el cuiba, ambos de la misma familia, pero también un continuo dialectal más lejano, entre el piapoco de la familia arawak y el sáliba. Sin embargo, tengo una anécdota para contar, a propósito de otro continuo dialectal que experimenté en un taller de elaboración de material didáctico para la lengua sikuaní.

En dichos talleres, procuraba yo que solo se hablara sikuaní, entonces solo hablaban los sikuaníes y nosotros no entendíamos, pero en cambio, podíamos conocer y familiarizarnos con el ritmo, la cadencia, la entonación y poco a poco identificar los prefijos y sufijos. En un momento en que sentíamos que no se avanzaba, propuse salir a dar una vuelta por un parque y conversar. Iba con Pablo Estrada y con Adolfo Álvarez (ikuli), y nos detuvimos frente a un árbol y la metáfora se dio por sí sola: el mundo sikuaní (o la cultura sikuaní como muchos preferirían decir) es un gran árbol cuyas raíces son la lengua, la forma de pensar. Una de sus ramas es el español, puesto que esta lengua ayuda a propagar y a relacionarse con el exterior, es un instrumento del sikuaní para comunicarse y extenderse. Aunque hay una discontinuidad lingüística entre las lenguas, hay una continuidad cultural. Como en la maravillosa novela de Arguedas *Los ríos profundos* (1958), en la que vemos un español *quechuizado*, el habla sikuaní podrá propagarse en muchas otras lenguas, lo cual, por supuesto, no es un motivo para descuidar su estudio, defensa y revitalización.

Que hoy, Día del Idioma, celebremos las hablas propias de nuestro continente, y nos motivemos a estudiar y aprender las lenguas de nuestro país y nuestro continente.

Referencias

- Bourdieu, P. (1985). *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*. Akal.
- Kondo, R. (1985). *El guahibo hablado* (tomo I y II). Instituto Lingüístico de Verano.
- Lévi-Strauss, C. (2015). "Raza y cultura". En *La mirada distante* (p. 17-39). El cuenco de plata
- Queixalós, F. (1989). "Entre duendes, blancos y perros. Aproximación lingüística a la identidad Sikuni". En *Memorias del V Congreso Nacional de Antropología* (pp. 63-80). Instituto Nacional de Antropología.